

EL VIAJE A EGIPTO, ENTRE EL DISCURSO ORIENTALISTA Y EL CONOCIMIENTO CIENTÍFICO

Adolfo J. Domínguez Monedero
Universidad Autónoma de Madrid.

En los últimos tiempos, la proliferación de novelas “históricas”, de series televisivas, incluso de grandes exposiciones científicas y no tanto, vuelve a traer a primer plano (aunque posiblemente nunca lo ha abandonado) al mundo egipcio, a su cultura, a su historia como referente ideológico importante para nuestro mundo contemporáneo, y no siempre como consecuencia de una visión acertada y rigurosa de ese mundo, más bien, ocasionalmente, lo contrario. Sin entrar en valoraciones acerca de la mayor o menor pertinencia y calidad de toda esta masa de aportaciones que actualmente inundan al interesado por el Egipto antiguo, sí querría decir que, al menos en mi impresión, estamos andando un camino en cierto modo inverso al que la ciencia y la cultura occidentales llevan recorriendo desde hace casi dos siglos con respecto a la valoración del Egipto antiguo; o, por lo menos, si no inverso en todos los aspectos, sí que podríamos detectar caminos paralelos y no siempre coincidentes. Así, y junto con el desarrollo cada vez más intenso de la Egiptología como ciencia, el auge de una Egiptomanía anclada en viejos tópicos inundados no ya de un prurito anticuarista sino, incluso, de aproximaciones colonialistas, coexiste con la Egiptología de raíz histórica y arqueológica. Y, lo que es más grave, estas aproximaciones de andar por casa al mundo egipcio no suelen tener en cuenta las aportaciones más recientes de la Egiptología científica. Parecería, pues, y estaría adelantando alguna de las conclusiones de la presente aportación, que el desarrollo científico del estudio del Antiguo Egipto poco ha influido en la moderación de las aproximaciones pre- y protocientíficas que caracterizaron el auge del discurso orientalista¹.

Pero empecemos por hacer algunas observaciones de carácter metodológico y terminológico. Sin querer remontarnos demasiado en el tiempo, creo que estaremos todos de acuerdo en que la primera aproximación, llamémosla occidental, al mundo oriental en general y egipcio al particular, hay que atribuirla a los griegos; al menos en ellos encontramos los primeros ecos de lo que supuso para un mundo profundamente etnocéntrico el contacto con una civilización que los griegos consideraron siempre superior y de la que en muchos aspectos (ficticios o no) se consideraron deudores².

Podemos escuchar las palabras de Diodoro Sículo cuando resume este pensamiento (y no es, evidentemente, el único)³:

“Porque muchas de las costumbres que existían antiguamente en Egipto no sólo han sido aceptadas por los habitantes actuales, sino que han sido causa de no poca

¹ Sobre el surgimiento de este discurso, E. W. Said, *Orientalismo*, Madrid 1990 (1ª edición en inglés de 1978), p. 20-23.

² Una visión reciente sobre esta cuestión puede encontrarse en F. J. Gómez Espelósín, A. Pérez Largacha, *Egiptomanía. El mito de Egipto de los griegos a nosotros*, Madrid 1997.

³ S. M. Burstein, “Hecataeus of Abdera’s History of Egypt”, en J. H. Johnson, *Life in a Multi-Cultural Society: Egypt from Cambyes to Constantine and Beyond*, (*Studies in Ancient Oriental Civilization*, 51), Chicago 1992, p. 45-49; F. Chamoux, “L’Égypte d’après Diodore de Sicile” en J. Leclant (dir.) *Entre Égypte et Grèce*, (*Cahiers de la Villa “Kérylos”*, 5), París 1995, p. 37-50; J. Lens Tuero, J. Campos Daroca, “La Geografía de Egipto en Diodoro de Sicilia”, en J. Lens Tuero (ed.) *Estudios sobre Diodoro de Sicilia*, Granada 1994, p. 279-299.

admiración entre los griegos; y por esa razón, aquellos hombres que han alcanzado la más alta reputación en los asuntos intelectuales, han deseado visitar Egipto para conocer por sí mismos sus leyes e instituciones, que consideraban dignas de conocimiento. Porque a pesar del hecho de que por las razones mencionadas anteriormente los extranjeros hallaron difícil en los tiempos antiguos entrar en el país, fue a pesar de todo visitado en los tiempos antiguos por Orfeo y el poeta Homero y en tiempos posteriores por muchos otros, como Pitágoras de Samos y Solón el legislador. Ahora los Egipcios aseguran que fueron ellos quienes descubrieron en primer lugar la escritura y la observación de las estrellas, quienes descubrieron también los principios básicos de la geometría y la mayoría de las artes, y establecieron las mejores leyes. Y la mejor prueba de todo ello se halla, como ellos dicen, en el hecho de que Egipto fue gobernado durante más de cuatro mil setecientos años por reyes que en su mayoría eran nativos y que su país fue el más próspero de todo el mundo habitado; porque estas cosas nunca podrían haber sido ciertas de cualquier pueblo que no disfrutase de las costumbres y leyes más excelentes y de instituciones que promuevan todo tipo de educación” (Diod., I, 69, 2-6).

En cierto modo, pues, los griegos fueron los primeros occidentales que, como consecuencia de sus viajes a Egipto, por diversos motivos, entre los que podrían mencionarse, además de los culturales, los económicos y los militares, desarrollaron toda una visión del país, de sus gentes, de sus costumbres, estando sin duda entre los más antiguos contribuidores al desarrollo de una determinada visión del Otro, en relación con ellos mismos. Como vio admirablemente Hartog en su libro titulado “El espejo de Heródoto”⁴, este autor, y los griegos en general tienden a explicar ese mundo que no acaban de comprender desde una perspectiva claramente polarizada en la que el Otro se comporta siempre como si fuese un reflejo del Yo pensante y escribiente; y, naturalmente, esa visión del Otro aunque sustancialmente positiva, puede también implicar exageraciones, errores, malas interpretaciones, etc. que, empero, encuentran todas sentido en la creación de un arquetipo cultural que, más allá de su realidad, desempeña una función en la elaboración de la identidad de la cultura que crea esa imagen.

El periodo tolemaico tampoco parece haber ayudado demasiado a la comprensión del mundo egipcio⁵ y este fenómeno parece acentuarse en época romana,

⁴ F. Hartog, *Le miroir d'Herodote : essai sur la representation de l'autre*, Paris 1980; *vid.* también *Id.*, “Les Grecs égyptologues”, *Annales (ESC)* 41, 1986, p. 953-967; un panorama general sobre la visión de Egipto en el mundo grecorromano en E. Iversen, “Egypt in Classical Antiquity. A Résumé”, en *Hommages à Jean Leclant*, vol. 3, El Cairo 1994, p. 295-305.

⁵ La bibliografía sobre este período en el que una dinastía de origen y formación greco-macedonia gobernó sobre Egipto es inmensa, especialmente por lo que se refiere a los vínculos y relaciones culturales entre los dos mundos; de esa bibliografía destacaré aquellos estudios que, en mi opinión, aportan más elementos al debate: W. Peremans, “Ptolémée II Philadelphie et les indigènes égyptiens”, *RBP* 12, 1933, p. 1005-1022; *Id.* “Égyptiens et étrangers dans l'Égypte ptolémaïque” en *Grecs et Barbares* (Entretiens Hardt VIII), Vandoeuvres, Ginebra 1962, p. 121-166; N. Lewis, “Graeco-Roman Egypt: fact or fiction?” en *Proceedings of the 12th Int. Congr. of Papyrology*, Ann Arbor 1970, p. 3-14; W. Peremans, “Les indigènes égyptiens dans l'armée de terre des Lagides. Recherches anthroponymiques”, *AncSoc* 9, 1978, p. 83-100; J. Quagebeur, “Reines ptolémaïques et traditions égyptiennes”, en H. G. T. Maehler, V. M. Strocka (eds.) *Das ptolemäische Ägypten. Akten des Internationalen Symposium*, Berlín 1978, p. 245-262; J. Bingen, “Voies et limites des interactions culturelles: le cas de l'Égypte gréco-romaine” en *Douze cas d'interaction culturelle dans l'Europe ancienne et l'Orient proche ou lointain*, Ginebra 1984, p. 25-44; W. Clarysse, “Greeks and Egyptians in the Ptolemaic army and administration”, *Aegyptus* 65, 1985, p. 57-66; N. Lewis, *Greeks in Ptolemaic Egypt. Case studies in the social history of the Hellenistic World*, Oxford 1986; K. Goudriaan, *Ethnicity in Ptolemaic Egypt*, Amsterdam 1988; V. A. Foertmeyer, *Tourism in*

cuando Egipto se convierte en propiedad del Emperador y se inicia el traslado a Roma de objetos egipcios⁶, habitualmente vinculados con el aire egiptizante que quiere darse a cultos que, como los de Isis y Serapis, procedían del país del Nilo⁷. La Roma de Octavio, triunfante tras Accio sobre el Egipto de Antonio y Cleopatra, había librado una intensa batalla propagandística en la que se percibe ya una elaborada percepción negativa de Egipto como parte de un Oriente decadente, en este caso como medio de justificar primero la guerra civil y luego la permanencia de Egipto como un territorio de estatuto singular dentro del Imperio.

Esta visión de Egipto, que permanecerá más o menos latente en Occidente durante los siglos siguientes a la integración forzosa de Egipto en el mundo griego primero y romano después y a la que tampoco será ajena la más griega de sus ciudades, Alejandría, no se vio sino acrecentada tras la brecha que supuso para el Mediterráneo en muchos aspectos su división entre los mundos cristiano y musulmán y, aunque el mundo egipcio, y los objetos procedentes de allí no dejaron nunca de estar presentes en Europa⁸, fue en cierto modo la apertura, nuevamente violenta, propiciada por Bonaparte a partir de 1798, la que reavivó esa vieja aproximación⁹. El Occidente que de nuevo se acercaba a Egipto era ahora el hijo de una historia multiseccular en la que a la herencia común se le añadían las necesidades de los nuevos estados nacionales surgidos de la paulatina desintegración del Antiguo Régimen que necesitaban, además de llenar sus capitales de los trofeos del saqueo del Oriente, reafirmar su superioridad sobre los decadentes asiáticos que habían sido incapaces de resistirse a su avance militar y que

Graeco-Roman Egypt, Ann Arbor 1989; A. K. Bowman, *Egypt after the Pharaohs. 332 BC-AD 642. From Alexander to the Arab conquest*, Oxford 1990; K. Goudriann, "Ethnic strategies in Graeco-Roman Egypt", en *Ethnicity in Hellenistic Egypt*, (*Studies in Hellenistic Civilization*, 3), Aarhus 1992, p. 74-99; J. Podemann Sorensen, "Native reactions to foreign rule and culture in religious literature" en *Ethnicity in Hellenistic Egypt* (*Studies in Hellenistic Civilization*, 3), Aarhus 1992, p. 164-181.

⁶ C. Ziegler, "D'une égyptomanie à l'autre: l'héritage de l'Antiquité romaine", en J. M. Humbert, M. Pantazzi, C. Ziegler, *Egyptomania. L'Égypte dans l'art occidental. 1730-1930*, París 1994, p. 15-20; O. Lollo Barberi, G. Parola, M.P. Totti, *Le Antichità Egiziane di Roma Imperiale*, Roma 1995.

⁷ Naturalmente, el tema de las influencias religiosas de origen egipcio en Roma ha sido tratado en infinidad de ocasiones en la bibliografía; uno de los tratamientos clásicos es el de F. Cumont, *Las religiones orientales y el paganismo romano* Madrid 1987 (=1905), 69-91; sobre la antigüedad de la penetración de estas influencias en Roma puede verse el reciente trabajo de P. G. P. Meyboom, *The Nile Mosaic of Palestrina. Early Evidence of Egyptian Religion in Italy* (*Religions in the Graeco-Roman World*, 121), Leiden 1995.

⁸ Vid., por ejemplo, el importante elenco de manifestaciones que recoge en su reciente trabajo J. S. Curl, *Egyptomania. The Egyptian Revival: a Recurring Theme in the History of Taste*, Manchester 1994; H. Whitehouse, "Egypt in European Thought", en J. M. Sasson (ed.) *Civilizations of the Ancient Near East*, vol. I, Londres 1995, p. 15-31. Vid. también, en general, Humbert *et al.*, op. cit. nota 6 y, en concreto, alguno de los trabajos allí recogidos, como el de M. Pantazzi, "Le Voyage d'Italie", p. 36-45; *id.*, "Absolutisme et lumières", p. 116-123; *id.*, "De Wedgwood à Thomas Hope", p. 168-175. Algún ejemplo concreto de cómo se fue gestando esta Egiptomanía anterior al siglo XIX puede verse en los trabajos de A. Grimm, "Aegyptiaca aus dem königlichen Antiquarium" (p. 7-64) y "Götterdämmerung an der Elbe. Ein Beitrag zur Ägyptenromantik der Goethezeit" (p. 95-108) y de C. Tietze, "Das Pantheon in Wörlitz" (p. 65-93), recogidos en el volumen *Theatrum Hieroglyphicum. Ägyptisierende Bildwerke des Barock. Aegyptiaca aus dem Königlichen Antiquarium der Münchener Residenz. Das Pantheon in Wörlitz*, Munich 1995. Sobre la influencia en la arquitectura del siglo XIX de los modelos egipcios puede verse F. Werner, *Ägyptenrezeption in der europäischen Architektur des 19. Jahrhunderts*, Weimar 1994. La presencia en la Roma medieval y renacentista de objetos egipcios, notablemente obeliscos ha sido tratada recientemente por M. Carrasco y M. A. Elvira, "Jeroglíficos y arcanos de la antigua liturgia" en M. Carrasco, M. A. Elvira (eds.) *Ex Roma Lux. La Roma antigua en el Renacimiento y el Barroco*, Madrid 1997, p. 99-104. Sobre el eco en España, pueden verse algunos de los títulos citados en la nota 56.

⁹ J. C. Herold, *Bonaparte in Egypt*, Londres 1963.

iban a convertirse, en no demasiado tiempo, en colonias y protectorados de esas mismas orgullosas metrópolis.

La labor de recopilación de informaciones sobre el pasado faraónico del país, llevada a cabo con notable celo y brillantez por el numerosísimo equipo de científicos que acompañaba la expedición napoleónica, así como la creación de un efímero Institut d'Égypte y la publicación de la que sigue siendo una obra cumbre del Viaje a Egipto y de la Egiptología, la *Description de l'Égypte* (1809) mostraban el nuevo ímpetu que en el siglo XIX iba a recibir el interés por un país que se había acabado integrando, tal vez a su pesar, en el ámbito de intereses de las potencias occidentales. El eco de esa expedición, además de en los monumentales volúmenes de la *Description* puede observarse en los numerosísimos testimonios contemporáneos, cuidadosamente recogidos en un libro reciente por Philippe de Meulenaere¹⁰.

Tras las campañas de Napoleón, Egipto, que apenas había figurado en las agendas del *Grand Tour* de los jóvenes aristócratas europeos del siglo XVIII, empieza a recibir la visita constante de curiosos y de estudiosos que, al tiempo que contribuirán al nacimiento y primeros pasos de la Egiptología científica, también serán responsables (no siempre conscientes) de la apropiación de Egipto por parte de Europa¹¹. Quien posiblemente mejor ha contribuido a definir esa apropiación ha sido Edward Said en varios de sus trabajos pero, sobre todo, en su libro *Orientalismo*¹², que se ha convertido en una de las bases de los estudios post-coloniales, en cuanto que ya allí se analizaban críticamente los mecanismos de producción y diseminación del conocimiento generados por Occidente. Tanto Said como la pléyade de autores que han seguido, matizándolas, su postura, suelen estar de acuerdo en que en esa apropiación subyace un fortísimo componente de dominio, de deseo colonialista, de ansias de aprehender esa realidad ajena para integrarla en el propio dominio mental e intelectual y, en último término, justificar el imperialismo de las grandes potencias que durante el siglo XIX desarrollaron una política expansionista desconocida hasta entonces y que sólo ha remitido (al menos en teoría) durante los procesos de descolonización sucesivos al final de la Segunda Guerra Mundial; ese discurso orientalista “es un estilo occidental que pretende dominar, reestructurar y tener autoridad sobre Oriente”¹³ puesto que se halla construido no sobre la experiencia de Oriente, sino sobre el prejuicio¹⁴.

Y, en este contexto, Egipto, el antiguo y su heredero el moderno también desempeñaron un papel importante, por más que fuesen otros ámbitos, como la India o el Extremo Oriente quienes suscitaban las mayores ansias conquistadoras de imperios como el francés o el británico. El Viaje a Egipto, ya fuese con la intención de visitar y

¹⁰ P. de Meulenaere, *Bibliographie raisonnée des témoignages oculaires imprimés de l'expédition d'Égypte*, París 1993.

¹¹ Una lista exhaustiva de todos los individuos que mostraron su interés por Egipto puede hallarse en la obra de W. R. Dawson, *Who Was Who in Egyptology: A Biographical Index of Egyptologists; of Travellers, Explorers and Excavators in Egypt; of Collectors of and Dealers in Egyptian Antiquities; of Consuls, Officials, Authors, Benefactors, and Others Whose Names Occur in the Literature of Egyptology, from the Year 1500 to the Present Day, but Excluding Persons Now Living*, 3ª ed. (revisada por M. L. Bierbrier), Londres 1995. Puede verse también un buen panorama, profusamente ilustrado con imágenes y textos de la época en P. A. Clayton, *The Rediscovery of Ancient Egypt. Artists and Travellers in the 19th century*, Londres 1982; un reciente tratamiento en F. J. Gómez Espelosin, A. Pérez Largacha, op. cit. nota 2, p. 188-228.

¹² E. W. Said op. cit. nota 1. Las secuelas que esta obra ha producido en el pensamiento contemporáneo son enormes; un útil resumen de las aportaciones de Said, aunque no exenta de cierta crítica (e, incluso, reproches) puede verse en Z. Sardar, *Orientalism*, Buckingham 1999, p. 65-76.

¹³ E. W. Said, op. cit. nota 1, p. 21.

¹⁴ Z. Sardar, op. cit. nota 12, p. 9.

registrar gráficamente sus ruinas, ya con la de establecer misiones arqueológicas estables, fue visto y apoyado por instituciones públicas y privadas como un medio de contribuir a la grandeza de los estados patrocinadores, cuyos museos rápidamente constituidos recibían como premio los despojos más vistosos del saqueo y el expolio del país que, en la retórica del momento, era considerado indigno depositario de los vestigios de un pasado mucho más glorioso y prestigioso¹⁵; los propios dibujos de la *Description* napoleónica prácticamente estaban reclamando la remoción y el traslado de esas piezas, semi-enterradas en la arena y sólo frecuentadas por unos cuantos *fellahin* a lugares más dignos de su grandiosidad¹⁶. Por ello no extraña que las campañas de excavación concluyesen con la entrada de los objetos recuperados en las mismas en las colecciones de sus patrocinadores germen de colecciones como las del Museo Británico, el Museo del Louvre o el Museo Egipcio de Turín¹⁷. Un congreso celebrado en Bolonia en 1990 propuso una revisión muy completa de cómo surgieron las primeras colecciones europeas que irían dando lugar a los grandes Museos egipciológicos que surgieron a lo largo del siglo XIX¹⁸; para hacernos una idea, diremos que el Proyecto Champollion, aprobado en diciembre de 1997 y patrocinado por la Unión Europea, y que pretende dar a conocer los objetos egipcios conservados en Europa, ha catalogado, entre los diez museos europeos que participan en el mismo, un total de 84.900 objetos egipcios¹⁹; en el proyecto no participan ni el Museo Británico ni el Louvre ni el Egipcio de Turín. Aun cuando no todas las colecciones se han formado del mismo modo, la cifra nos dará una idea, siquiera aproximada, del volumen del expolio sufrido por Egipto a manos de los occidentales. La apropiación del Oriente, pues, además de expresión literaria o artística, devenía en ocupación militar y en saqueo institucionalizado del patrimonio cultural en beneficio de las emergentes burguesías europeas que eran las únicas, se juzgaba, capacitadas, para captar de forma plena y apreciar en lo que valían los restos desenterrados o la profusión de imágenes que de mano de grabadores y acuarelistas inundaban los mercados europeos²⁰.

Retomando el hilo de la argumentación, puede decirse que Egipto representaba, sin embargo, un aspecto distinto o, al menos, diferente, del Oriente, especialmente si lo ponemos en relación con otros territorios (Anatolia, el Próximo y Medio Oriente) ya visitados con cierta asiduidad por viajeros occidentales. Ciertamente, en la visión de los pintores orientalistas²¹ y los escritores románticos, Egipto era una parte más de ese

¹⁵ Es significativo el título que da P. France a su libro sobre las relaciones de Egipto con Europa y el nacimiento de la Egiptología: *The Rape of Egypt: How the Europeans Stripped Egypt of its Heritage*, Londres 1991. El título retoma el de un libro anterior sobre un tema semejante: B. M. Fagan, *The Rape of the Nile: Tomb Robbers, Tourists and Archaeologists in Egypt*, Nueva York 1975.

¹⁶ Cf. las apreciaciones que sobre la *Description* realiza E. Saïd, *Cultura e Imperialismo*, Barcelona 1996, 195-197.

¹⁷ J. J. Fiechter, *La moisson des dieux. [La constitution des grandes collections égyptiennes 1815-1830]*, París 1994; especial atención recibe la pugna constante entre el cónsul francés Bernardino Drovetti y el británico Henry Salt. Vid. también R. T. Ridley, "Four unpublished letters by or relating to Bernardino Drovetti", *CdE* 69, 1994, p. 203-214 y A. Bongioanni, R. Grazi, *Torino, l'Egitto e l'Oriente fra Storia e Leggenda*, Turín 1994. Las cartas de Drovetti han sido publicadas por S. Curto, *Bernardino Drovetti: Epistolario (1800-1851)*, Milán 1985; sobre Salt, puede verse el trabajo de C. E. Bosworth, "Henry Salt, Consul in Egypt 1816-1827 and Pioneer Egyptologist", *BRL* 57, 1974-75, p. 69-91.

¹⁸ *L'Egitto fuori dell'Egitto. Dalla riscoperta all'Egittologia*, Bolonia 1991.

¹⁹ Información tomada de la página Web del proyecto; URL: <http://www.ccer.nl/champollion>; abril de 1999.

²⁰ H. De Meulenaere, *Ancient Egypt in Nineteenth Century Painting*, 1993.

²¹ Entre ellos también algunas mujeres, como Henriette Browne, a la que ha dedicado un completo estudio R. Lewis, *Gendering Orientalism. Race, Femminity and Representation*, Londres 1996, p. 85-191,

mundo oriental, feminizado y decadente en su opulencia, que tanto encandilaba, mostrando eso sí, su desdén y su distancia, al viajero occidental, como mostró la influyente obra del británico Edward William Lane, *Manners and Customs of Modern Egyptians* (1836)²², que también fue autor de una interesante colección de dibujos de restos antiguos. La descripción de sus tipos humanos y de sus costumbres eran, en cierto modo, intercambiables con cualquier otro ambiente oriental; así, la descripción que hace Flaubert de la cortesana egipcia contemporánea Kuchuk-Hânem, tanto en su correspondencia como en su *Voyage en Orient* (1849-1852), se suele considerar como la base sobre la que modela la figura de la princesa cartaginesa Salambó²³, como si entre medias no hubiesen transcurrido más de dos mil años con sus correspondientes cambios históricos y de situación. Y, sin embargo, esa visión de un Oriente inmutable, claramente tendente al estereotipo que lo dibuja plagado de mujeres llenas de sensualidad y promesa de placeres ilimitados, es aceptable por el lector contemporáneo de Flaubert sin demasiada crítica, dando por buena esa visión de perennidad y permanencia. Todo ello se relaciona, naturalmente, con el tipo de mirada que los europeos proyectan sobre Oriente y, como parte de él, sobre Egipto donde lujo y erotismo sirven para caracterizar a un mundo más imaginado que real²⁴.

Pero aunque Egipto era, por consiguiente, una parte más de ese Oriente genérico que el mundo occidental estaba construyendo²⁵, el país del Nilo poseía otros elementos de interés, para el escritor o el pintor orientalista, pero también para el científico: los restos de su pasado, apenas superados por cualesquiera otros que el erudito o el simple visitante pudiera encontrar en otras partes de Oriente²⁶. Por consiguiente, en la valoración de Egipto coexistirá esa caracterización tópica consecuencia del hecho de

donde también trata algunos de los presupuestos de este género y las actividades de algunas otras pintoras orientalistas.

²² Esta obra es objeto de análisis por E. W. Said, op. cit. nota 1, p. 186-205; un rechazo de ese análisis y una revalorización de la figura del escritor británico pueden verse en los trabajos de J. Rodenbeck, "Edward Said and Edward William Lane", y G. Roper, "Texts from Nineteenth-Century Egypt: The Role of E.W. Lane", ambos en P. Starkey, J. Starkey, *Travellers in Egypt*, Londres 1998, p. 233-243 y p. 244-254, respectivamente. Vid. también la reciente aproximación al origen de la visión orientalista, con un tratamiento conjunto de la pintura y la literatura en Z. Sardar, op. cit. nota 12, p. 42-49.

²³ E. W. Said, op. cit. nota 1, p. 228-230; L. Lowe, *Critical Terrains. French and British Orientalisms*, Ithaca 1991, p. 80-87; sobre el viaje de Flaubert, vid. G. Flaubert, *Voyage en Égypte, octobre 1849 - juillet 1850*. París 1991.

²⁴ Vid. una reseña de algunos de esos trabajos en E. Said, op. cit. nota 16, p. 185-186; también, B. S. Turner, *Orientalism, postmodernism and globalism*, Londres 1994, 97-100; sobre algunos de los creadores de esa visión en la literatura francesa, pueden verse los siguientes trabajos: M. Taymanova, "Alexandre Dumas in Egypt: Mystification or Truth?", en P. Starkey y J. Starkey, op. cit. nota 22, p. 181-188; M. Orr, "Flaubert's Egypt: Crucible and Crux for Textual Identity", *ibid.*, p. 189-200; P. Whyte, "Egypt imagined, Egypt visited: Théophile Gautier", *ibid.*, p. 201-214. Que esas visiones son construcciones ideológicas occidentales lo muestra, por ejemplo, la obra *The Turkish Embassy Letters (1717-1718)* de Lady Montagu, analizada por L. Lowe, op. cit. nota 23, p. 30-74; igualmente, las visiones plenas de sensualidad, erotismo y dominación producidas por los pintores orientalistas (B. Dijkstra, *Idols of Perversity. Fantasies of Feminine Evil in Fin-de-Siècle Culture*, Oxford 1986, p. 111-116), se ven contrastadas por las pinturas de otra mujer, Henriette Browne; cf. el estudio que sobre ella realiza R. Lewis, op. cit. nota 21, p. 127-190.

²⁵ Como ha visto Z. Sardar, op. cit. nota 12, p. 13-14, "el Oriente de los Orientalistas es un artefacto construido, merced al cual Occidente explica, expone, objetiva y demuestra sus propios intereses contemporáneos". No obstante, estoy también de acuerdo con la visión de Lisa Lowe (op. cit. nota 23, p. 5-10), que intenta mostrar cómo ese "Oriente" no sólo no es monolítico sino que, en diferentes épocas, el término se refiere, de modo más concreto, a distintos ámbitos geográficos y culturales.

²⁶ Cf. H. M. Fahim, "European Travellers in Egypt: The Representation of the Host Culture" en P. Starkey, J. Starkey, op. cit. nota 22, p. 7-12.

formar parte del Oriente, con el inicio del conocimiento de su pasado antiguo. Naturalmente, este proceso no es privativo sólo de Egipto, sino que también afectará al mundo mesopotámico, aun cuando el grado de conservación de los monumentos egipcios y su majestuosidad marcarían una importante diferencia.

Sin embargo, posiblemente la perduración de ese legado arquitectónico y pictórico que ya la expedición de científicos que acompañaba a Bonaparte se encargó de dar a conocer a la Europa ansiosa de nuevas experiencias, propició también una lectura eurocéntrica en la que de nuevo ese legado se consideraba inmerecido para los egipcios contemporáneos²⁷; por ende, ese aprecio estético por el arte egipcio, que inundó además gran número de manifestaciones artísticas contemporáneas, seguía acompañado de la valoración despectiva y peyorativa por quienes habían sido responsables de su cultura. Junto con los debates sobre la “raza” de los egipcios y sobre su papel en el desarrollo histórico de la humanidad, que tan bien ha resumido en los últimos tiempos Bernal en su “Atenea Negra”²⁸, asistimos, paralelamente, a los primeros avances científicos en el conocimiento histórico del antiguo Egipto. Los trabajos de Jean-François Champollion, que le llevaron a descifrar los jeroglíficos egipcios en 1822 deben situarse con justicia entre los primeros hitos del conocimiento científico de la historia del país del Nilo²⁹ así como, años después, toda la actividad de Auguste Mariette, desde la fundación en 1858 del Servicio Egipcio de Antigüedades y el establecimiento ese mismo año del primer Museo de Antigüedades en Bulaq hasta la intensa labor de excavación y preservación de los restos arqueológicos³⁰.

No obstante, tanto la visión europea como el discurso orientalista estaban presentes en la labor de estos europeos volcados al estudio del antiguo Egipto, especialmente en las primeras actividades de Mariette, cuyas excavaciones en el Serapeo (1850), que le valieron fama y renombre, muestran tanto el desprecio por las autoridades egipcias cuanto la búsqueda del objeto (7000 en este caso) con que aumentar las colecciones nacionales; no obstante, más adelante tuvo que sufrir las críticas de sus compatriotas que no comprendían que los objetos que las excavaciones por él promovidas estaban sacando a la luz debían permanecer en Egipto, en el Museo de Bulaq, en lugar de seguir incrementando las colecciones francesas.

Sin duda las propias autoridades, en su momento, se vieron forzadas a integrarse en dinámicas controvertidas, como muestran algunas de las actividades promovidas o inspiradas por la política de Mohammed Ali. Ciertamente, el antiguo súbdito de la Sublime Puerta, en sus ansias expansionistas y de equiparación a ciertos modelos del mundo occidental, permitió y auspició, además del despojo de su país (por ejemplo, mediante el regalo a Francia del obelisco de Luxor que aún hoy día se yergue en la Plaza de la Concordia de París), el surgimiento de las mencionadas instituciones que, herederas del espíritu de la Ilustración, pretendían servir a las necesidades de una casi

²⁷ Muchas de estas opiniones, que van del desprecio más absoluto a la admiración más encendida, pasando por inevitables comparaciones entre el pasado esplendor y la decadencia moderna pueden verse reunidas en el trabajo de M. R. Kalfatovic, *Nile notes of a howadji: a bibliography of travellers' tales from Egypt, from the earliest time to 1918*, Metuchen [N. J.] 1992; *vid.* también las observaciones de E. Said, *op. cit.* nota 16, p. 195-196.

²⁸ M. Bernal, *Atenea Negra. Las raíces afroasiáticas de la civilización clásica. I.- La invención de la antigua Grecia, 1785-1985*, Barcelona 1993, p. 229-262.

²⁹ Sobre la obra de Champollion pueden verse las actas de un Coloquio celebrado en 1990 y conmemorando el bicentenario de su nacimiento: M. Dewachter, A. Fouchar (eds.) *L'égyptologie et les Champollion*, Grenoble 1994.

³⁰ Una biografía reciente de Mariette en E. David, *Mariette Pacha. 1821-1881*, Paris 1994.

inexistente burguesía y sociedad civil egipcias³¹. En la práctica, y como mostraría el control casi ininterrumpido durante decenios del Servicio de Antigüedades por arqueólogos franceses (Auguste Mariette, Gaston Maspero, Jacques de Morgan, Henri Gauthier, Étienne Drioton), el colonialismo europeo no sólo económico, sino sobre todo cultural, siguió manteniendo una fortísima influencia sobre el Egipto creado por Mohammed Ali que, en su pugna contra Turquía, al final fallida por la decisiva intervención de las potencias europeas (1839), pretendía modernizar su estado dotándole de algunos de los rasgos que, también en el campo de la cultura, empezaban a caracterizar a Europa.

Del mismo modo, la aparición de otras instituciones de carácter menos oficial pero, igualmente, favorecidas por el aperturismo a Occidente de Mohammed Ali (1805-1849), especialmente la Société Égyptienne o Egyptian Society, propiciaron un largo periodo de dominio y control intelectual de los occidentales sobre Egipto. La sociedad, fundada en 1835 ó 1836 y conocida con sus dos nombres, francés e inglés, surgió de la necesidad creciente que tenían los europeos que, cada vez en más número, viajaban a Egipto de disponer de un lugar de encuentro y de estudio en medio del ajeno mundo egipcio. En el artículo primero de sus estatutos fundacionales se establecía como objetivo de la Sociedad “formar un lugar de encuentro para los viajeros, con la intención de asociar a los interesados por la literatura y por la ciencia, que puedan visitar Egipto de tiempo en tiempo”³², y aunque prominentes egiptólogos formaron parte de la misma, también toda una serie de individuos, de profesiones más alejadas, se integraron en ella; desde el principio dispuso de fondos donados generosamente por el gobierno egipcio aunque pocos años después de su fundación, hacia 1842, inicia su decadencia, siendo ocupado su lugar por la Association Littéraire d'Égypte, fundada en el mismo 1842, y entre cuyos objetivos se encontraba “facilitar las investigaciones de los viajeros y sus colaboradores ofreciéndoles, en un país privado de colecciones literarias y científicas, el recurso inapreciable de una Biblioteca compuesta de las mejores obras antiguas y modernas sobre el Oriente, y la creación de un Gabinete de historia natural y de antigüedades, sus complementos indispensables”³³.

Como había ocurrido con la anterior Sociedad, también ésta dispuso de importantes ayudas del gobierno de Mohammed Ali aun cuando quedaba claro que sus destinatarios iban a ser exclusivamente (o casi) europeos; habría que esperar a 1859, ya bajo el reinado de Mohammed Said, para que el Institut Égyptienne, fundado ese año en Alejandría contase con la participación asidua de sabios árabes. No obstante, aún seguía predominando el ambiente europeo, como ocurriría en la posterior “Escuela de Egiptología” de El Cairo, fundada por el Jedive Ismail y que en sus nueve años de existencia (1870-1879) estuvo dirigida por el prusiano Heinrich Brugsch³⁴.

Las instituciones oficiales creadas por el gobierno egipcio, así como las iniciativas de los europeos interesados en su pasado, muestran durante buena parte del siglo XIX una fuerte impronta colonialista; sin duda actuaron como acicate para el desarrollo de la Egiptología al servir de cauces para que la intervención europea en la

³¹ Sobre el debate orientalista acerca de la ausencia de sociedades civiles en el mundo islámico, *vid.* las observaciones de B. S. Turner, *op. cit.* nota 24, p. 23-31.

³² Cf. P. Sadgrove, “Travellers' Rendezvous and Cultural Institutions in Muhammad Ali's Egypt”, en P. Starkey, J. Starkey, *op. cit.* nota 22, p. 259.

³³ P. Sadgrove, *op. cit.* nota 32, p. 262.

³⁴ U. Köhler, “Die Anfänge der deutschen Ägyptologie: Heinrich Brugsch, Eine Einschätzung”, *GM* 12, 1974, p. 29-41; H. Nehls, “Der grosse und der kleine Brugsch”, *Berlinische Monatsschrift* 7, 1998, p. 45-51.

arqueología egipcia prosperase pero al tiempo muestran el deseo de los gobernantes egipcios por ejercer un patronazgo sobre esa nueva actividad, sentida como esencialmente ajena, pero que podía atraer la modernidad europeizante al Egipto que pretendía situarse como árbitro de la situación internacional en el Mediterráneo Oriental. Sin duda este movimiento alcanzó sus mayores y más estrambóticos niveles durante el gobierno del Jedive Ismail (1863-1879) nieto de Mohammed Ali y educado a la francesa, que llevó a cabo una forzada europeización de Egipto, especialmente de El Cairo, básicamente destinada a impresionar a los numerosísimos invitados a la inauguración del Canal de Suez (17 de noviembre de 1869)³⁵. Los esfuerzos desplegados por el Jedive para presentar una imagen europea de su capital se vieron contrastados por el rechazo de los europeos que lo que buscaban en Egipto era, precisamente, el exotismo del Oriente que el gobernante amenazaba con destruir³⁶; naturalmente, esa forzada europeización incluyó la llegada masiva de militares europeos y norteamericanos que se encargaron de dirigir y apoyar la agresiva política con la que Ismail pretendía equipararse a las grandes potencias del momento.

Quizá uno de los hitos del periodo de Ismail, y en cierto modo la sublimación de esa imagen híbrida que Egipto proyectaba, venga dado por la realización y la representación de la ópera *Aida*, que en línea con Said, creo que “pertenece por igual a la historia de la cultura y a la experiencia histórica de la dominación de ultramar”³⁷, aunque no era, ni mucho menos, la primera ópera de tema egipcio³⁸. Estrenada el 24 de diciembre de 1871 en la Ópera de El Cairo, edificio construido en un osado estilo rococó e inaugurado tan sólo dos años atrás con una representación del *Rigoletto* del propio Verdi, *Aida* debía convertirse en la imagen de un nuevo Egipto, que afrontaba el gran reto histórico de la modernización, plasmada en la ingente obra de ingeniería que era el Canal de Suez. Y ese nuevo Egipto recurría, precisamente, a la visión europea de su pasado histórico, convenientemente mixtificada tras la conversión de los egipcios en “blancos” como ha observado Bernal, enfrentados a la barbarie etíope. Ciertamente, la ópera alcanzó estos objetivos, ya que, como afirma este mismo autor, “esta visión favorable de Egipto, considerado fundamentalmente un país blanco, fuente de la civilización, se difundió principalmente por Francia e Italia, pero también puede verse algún rastro suyo en el arte inglés y en el de los Estados Unidos”³⁹; por su parte, Said, en el análisis que ha realizado de la ópera, asegura que “como espectáculo visual, musical y teatral, *Aida* cumple con muchas de las necesidades de la cultura europea y desde dentro de ella. Una de estas necesidades es confirmar que Oriente es un lugar esencialmente

³⁵ Vid. algunos de los temas que se manejaron en torno a la realización del Canal en E. W. Said, op. cit. nota 1, p. 117-122.

³⁶ H. M. Mahdy, “Travellers, Colonisers and Conservationists”, en P. Starkey, J. Starkey, op. cit. nota 22, p. 157-160. Sobre la modernización de El Cairo promovida por el Jedive Ismail puede verse J. L. Abu-Lughod, *Cairo: 1001 Years of City Victorious*, Princeton 1971

³⁷ E. Said, op. cit. nota 16, p. 191; sobre la presencia de Egipto en la ópera puede verse N. Wild, “L'Égypte à l'opéra”, en Humbert *et al.*, op. cit. nota 5, p. 390-396 y fichas 240-303 de ese Catálogo.

³⁸ Sin entrar en los elementos “egiptizantes” o “egiptomaníacos” de otras óperas, como la propia *Flauta Mágica* de Mozart, puede mencionarse, porque fue estrenada pocos años antes que *Aida*, el ballet “La fille du pharaon” de Petipa (1862), quizá inspirado en “Le roman de la momie” de Théophile Gauthier; no obstante, aunque bastante representado en Moscú y San Petersburgo, tardó bastante en ser conocido en la Europa Occidental; *vid.* K. Zibeliuss-Chen, “Das Alte Ägypten im Klassischen Ballett: Petipas ‘La Fille du Pharaon’”, en I. Gamer-Wallert, W. Helck (ed.) *Gegengabe. Festschrift für Emma Brunner-Traut*, Tübinga 1992, p. 359-377.

³⁹ M. Bernal, op. cit. nota 28, p. 253.

exótico, distante y antiguo en el cual los europeos pueden desplegar sus exhibiciones de fuerza”⁴⁰.

Y sin embargo, buena parte de todo lo que rodeó a esta gran ópera fue un proyecto de Estado; del Estado egipcio, pero también, y quizá a la postre, del Imperio francés. Auguste Mariette, primer director del Servicio Egipcio de Antigüedades creó el argumento básico, luego convertido en libreto por Antonio Ghislanzoni y diseñó los decorados de la obra; el propio Jedive Ismail, según parece que se le hizo creer a Verdi, habría ayudado a Mariette a escribirla y de las arcas del virrey vendrían los 150.000 francos oro que percibió el compositor⁴¹. Y el magno pretexto de toda la empresa era la inauguración de una de las mayores obras de ingeniería concebidas hasta entonces, el Canal de Suez, por más que durante su inauguración Napoleón III pasara por alto la aportación egipcia al mismo.

Para completar el panorama, habría que insistir en la importantísima y directa intervención de Mariette, tanto en la fase de creación como en la de la puesta en escena de la obra, actualmente admitida sin reservas⁴². Y, sin embargo, después de muchas audiciones críticas de la obra, la sensación que a mí me invade es la de que toda la precisión que pudo aportar Mariette a las situaciones y a los decorados, unida a una de las mejores partituras salidas de las manos de Verdi, están al servicio de una idea que es, en sí, ajena a la propia esencia de la cultura egipcia y encaja más en las preocupaciones europeas contemporáneas. Aida presenta, entre otros⁴³, un problema en último término de rechazo del mestizaje, resuelto con la muerte de la protagonista y de su amante Radamés, etíope y egipcio, salvaje y civilizado, negra y blanco, respectivamente; y en ese aspecto subyacen, posiblemente, preocupaciones europeas expresadas en muy diferentes discursos⁴⁴. Lo realmente interesante de todo ello es que el gobierno egipcio aceptase esa lectura eurocéntrica y aprobase la tramoya escénica que, cuidadosamente montada por Mariette a partir de los dibujos de la *Description* napoleónica, presentaba únicamente la visión de los europeos sobre el país gobernado por el Jedive Ismail. O esa lectura en clave orientalista no fue percibida por el Jedive o, lo que quizá sería más grave, Ismail propiciaba la misma como medio de reforzar, mediante esa propaganda, su posición pro-europea en su continua pugna por obtener una mayor independencia de la Sublime Puerta. Ismail habría actuado, pues, como un “Oriental orientalizado”⁴⁵.

En cierto modo, las faraónicas representaciones de la misma ópera en Luxor en los años 1994 y 1997 y junto a las pirámides en 1998, con una fuerte implicación del gobierno egipcio y destinadas más a un público occidental que al consumo interno, sugieren que tampoco nos hallamos demasiado lejos de un discurso en cierto modo parecido al que propició la composición y estreno de Aida en 1871; la pugna entre

⁴⁰ E. Said, op. cit. nota 16, p. 187.

⁴¹ E. Said, op. cit. nota 16, p. 192-193.

⁴² La polémica sobre la participación de Mariette en Aida la inició en los últimos tiempos B. M. Fagan, “Auguste Mariette and Verdi's Aïda”, *Antiquity* 51, 1977, p. 55, trabajo que fue matizado por E. S. Meltzer, “Mariette and Aïda once again”, *Antiquity* 52, 1978, p. 50-51 y totalmente refutado por J. M. Humbert, “Mariette Pacha and Verdi's Aïda”, *Antiquity* 59, 1985, p. 101-104. Algunos de los bocetos creados por Mariette con destino a Aida han sido recogidos por el propio J. M. Humbert, en J. M. Humbert *et al.*, op. cit. nota 6, p. 423-428.

⁴³ Sobre las indudables referencias a las rivalidades contemporáneas entre Francia e Inglaterra, y las propias pretensiones de Egipto, *vid.* E. Said, op. cit. nota 16, p. 206-207.

⁴⁴ R. J. C. Young, *Colonial Desire. Hybridity in Theory, Culture and Race*, Londres, 1995.

⁴⁵ Sobre las “mentes cautivas”, “Orientales orientalizados” o “*sahibs* morenos”, *vid.* las penetrantes observaciones de Z. Sardar, op. cit. nota 12, p. 85-92.

occidentalización y fundamentalismo islámico⁴⁶, una consecuencia más de la actividad colonialista europea, ha vuelto a encontrar en los últimos tiempos un símbolo en esta obra. En el Egipto actual, la promoción de espectáculos de este tipo y, al tiempo, la política de excavación y tutela de los restos del pasado, son medios para favorecer un acercamiento al mundo occidental, frente a los avances del fundamentalismo islámico.

La situación va poco a poco modificándose tanto en Europa como en Egipto; así, y aprovechando la revuelta nacionalista propiciada por el ministro egipcio de la guerra Arabi Bey, durante el gobierno de Taufiq, el hijo y sucesor de Ismail, en 1881, franceses y británicos desembarcan en Alejandría (1882); previos acuerdos con Francia sobre la neutralidad del Canal de Suez, se establece de hecho un protectorado británico, aunque no lo será oficialmente sino hasta 1914, durante la Primera Guerra Mundial, durando hasta 1922⁴⁷.

Coincidiendo con esa situación de mayor control político europeo sobre Egipto surgen interesantes iniciativas que, si bien van reforzando la Egiptología científica tienen también una fortísima impronta colonialista, marcada también por un fuerte desprecio hacia Egipto, al menos hacia el contemporáneo. Así, por ejemplo, Maspero inspira y está detrás de la creación, el 28 de diciembre de 1880, de la “Escuela Francesa del Cairo” que se convertiría en 1898 en el Instituto Francés del Arqueología Oriental (IFAO), y que fue la primera institución científica extranjera implantada en Egipto. Dos años después de la iniciativa de Maspero surge otra, coincidiendo en el tiempo con el inicio del dominio británico, si bien su gestación hay que situarla unos años antes. Me refiero a la constitución del Egyptian Exploration Fund (EEF), promovido por la legendaria Amelia Edwards y por Reginald Poole. Con su libro de viajes *A Thousand Miles up the Nile* (1876) la dama británica entronca, sin duda, con la ya por aquel momento amplia nómina de viajeros que publican obras en las que recogen sus experiencias. En Edwards se da cita, por una parte, el afán por describir las ruinas que ve y, por otro, esa inevitable aura romántica que trata de evocar la gloria que fue y ya no es; pero, al tiempo, el deseo por promover la investigación sobre ese pasado le lleva a constituir el ya mencionado Egyptian Exploration Fund, que con el tiempo se convertiría en la Egyptian Exploration Society, y a dotar la que sería la primera cátedra de Egiptología en el Reino Unido que, tras su muerte, ocuparía Flinders Petrie en 1893. También Amelia Edwards, como mujer, forma parte de un grupo más restringido, el de mujeres que viajaron a Egipto y tuvieron su indudable importancia en la elaboración del discurso orientalista, aun cuando quizá desde unos presupuestos diferentes, lo que sin duda ha atraído también la atención de la investigación reciente⁴⁸.

⁴⁶ Cf. B. S. Turner, op. cit. nota 24, p. 86-92.

⁴⁷ Uno de los presupuestos teóricos del establecimiento del mismo lo podemos hallar en el discurso de Balfour del 13 de junio de 1910: “Estamos en Egipto, no simplemente por el bien de los egipcios, aunque estemos allí por su bien; estamos allí también por el bien de toda Europa”; citado por E. W. Said, op. cit. nota 1, p. 55.

⁴⁸ Sobre las mujeres egiptólogas, vid. S. Schwarz, “Ausgegrenzt? Frauen in der Ägyptologie des 19. und 20. Jahrhunderts”, *GM* 138, 1994, p. 93-111; J. Rees, *Writings on the Nile. Harriet Martineau, Florence Nightingale, Amelia Edwards*, Londres 1995. Sobre la correspondencia de Nightingale, vid. F. Nightingale, *Letters from Egypt: A Journey on the Nile, 1849-1850*, Londres 1987; el libro de Amelia Edwards ha sido reeditado en muchísimas ocasiones. Sobre el papel de la mujer en la elaboración del discurso orientalista puede verse J. D. Ragan, “French Women Travellers in Egypt: A Discourse Marginal to Orientalism?”, en P. Starkey, J. Starkey, op. cit. nota 22, p. 222-230, que reconoce su deuda con los planteamientos de L. Lowe, op. cit. nota 23. Como asegura R. Lewis, op. cit. nota 21, p. 3: “I will argue, first, that women produced imperialist images and second, that an analysis of the production and reception of representations by women will develop an understanding of the interdependence of ideologies of race and gender in the colonial discourse of the period”.

Tanto la creación del IFAO como la del Egyptian Exploration Fund, aunque representando las distintas perspectivas, estatista y liberal, respectivamente, de Francia y Gran Bretaña, suponen la auténtica madurez de la Egiptología. Las innovaciones metodológicas que, por ejemplo, introduce Petrie desde sus primeras excavaciones financiadas por el EEF en el Delta en 1883 nos sitúan ya en los umbrales de la moderna arqueología científica⁴⁹ pero las enormes prerrogativas de esas instituciones extranjeras, que obtenían concesiones para excavar sumamente generosas de un Servicio de Antigüedades controlado por egiptólogos franceses, no dejan de mostrar un aspecto más del imperialismo cultural europeo; y, por ende, la propia visión sobre el Egipto antiguo de algunos de los más relevantes egiptólogos seguía llena de prejuicios europeocéntricos, como muestra algún párrafo del propio Maspero: “nos han hecho juzgarlo [al pueblo egipcio] teniendo sólo en cuenta sus realizaciones más preciosas y bellas, hasta el punto de poner su civilización al mismo nivel que la romana o la griega. Pero vista más de cerca, la perspectiva cambia; en una palabra, Tutmosis III o Ramses II se parecen más a un Mtesa del África central que a un Alejandro o a un César”⁵⁰.

Habría también que mencionar, en honor a la verdad que hubo igualmente figuras relevantes en la intelectualidad egipcia del siglo XIX, que dentro de las tendencias occidentalizantes de Mohammed Ali y de su nieto Ismail, recibieron una educación europea y contribuyeron a tender puentes entre un mundo occidental, cada vez más seducido por un Orientalismo multiforme, y un Egipto cuyos gobernantes buscaban en el paradigma occidental un medio de reafirmar su posición ante las grandes potencias europeas ante las que, finalmente, sucumbiría. Sin embargo, el campo de la Egiptología ha seguido estando en manos occidentales prácticamente hasta la actualidad, habiendo autores que han llegado a hablar de la necesidad de “descolonizar” la disciplina⁵¹.

En este rápido panorama se habrá echado en falta la intervención de españoles, lo cual no es casual; aparte de algunas colecciones privadas que pasaron a engrosar el Museo Arqueológico Nacional, en el que ingresaron también piezas procedentes de las colecciones reales⁵², España no puede exhibir, como la mayoría de los países de su entorno, fabulosas colecciones egiptológicas. Ello se debe a la casi nula presencia de españoles entre los iniciadores de la Egiptología, en parte debido a la vocación marcadamente africanista del orientalismo español, como ha resaltado el Prof. Morales Lezcano⁵³. Ello no obsta para que hubiese algunos viajeros que, como Domingo Badía y Leblich (también conocido como Ali Bey el Abbasí) incluyesen a Egipto entre los lugares a visitar y diesen cuenta en sus obras de lo que allí veían en los años en los que Mohammed Ali se afianzaba en el poder⁵⁴ aunque habrá que esperar a los años ochenta

⁴⁹ M. S. Drower, *Flinders Petrie. A Life in Archaeology* (2ª ed.), Madison 1995; vid. también el reciente trabajo de F. Quesada, “Flinders Petrie y el nacimiento de la arqueología del Antiguo Egipto”, *Revista de Arqueología* 209, 1998, p. 24-35.

⁵⁰ G. Maspero, *Études de Mythologie et d'archéologie Égyptiennes*, París 1893, p. 277; citado por M. Bernal, op. cit. nota 28, p. 246.

⁵¹ D. M. Reid, “Indigenous Egyptology: The Decolonization of a Profession?”, *JAOS* 105, 1985, p. 233-246.

⁵² M. C. Pérez Díe, “Las colecciones egipcias y el próximo Oriente”, en *De Gabinete a Museo. Tres siglos de Historia*, Madrid 1993, p. 159-169.

⁵³ V. Morales Lezcano, *Africanismo y Orientalismo español en el siglo XIX*. Madrid, 1988; cf. también J. M. Córdoba, “Del Eufrates y el Tigris a las montañas de Omán. Algunas observaciones sobre viajes, aventuras e investigaciones españolas en Oriente Próximo”, *Arbor* 635-636, 1998, 451-456; P. Martínez Montávez, *El orientalismo a contraluz*, Madrid 1988, p. I-XII.

⁵⁴ D. Badía, *Voyages en Afrique et en Asie*, París 1814 (Valencia, 1836); puede verse la edición de S. Barberá, *Viajes por Marruecos*, Madrid 1985, aunque sólo retoma la parte que el autor dedicó a

para que aparezca la figura de Eduardo Todá y Güell, que fue cónsul de España en Egipto y que ha sido considerado como el primer egiptólogo español⁵⁵; eso, y unas pocas manifestaciones de esa Egiptomanía que arrasaba la Europa contemporánea⁵⁶ serían las principales aportaciones españolas ya sea al desarrollo del Orientalismo ya al de la Egiptología.

No cabe duda, para concluir, de que el surgimiento y los primeros pasos de la Egiptología son obra de Occidente, posiblemente ya desde sus remotos precedentes grecorromanos; parece también seguro que durante el período formativo de esta ciencia, durante buena parte del siglo XIX, fueron diversas las fuerzas y tendencias que intervinieron, algunas de ellas extracientíficas. Aunque anclada en las actividades científicas de investigadores reconocidos, a algunos de los cuales hemos hecho referencia, los avatares políticos del siglo, la proliferación de viajeros de todo tipo, muchos de los cuales publicaron relatos de diversa índole, los propios intereses nacionales de los países implicados en la actividad egiptológica, etc.⁵⁷, tejieron una tupida malla de intereses. Egipto, y el Oriente en general, adquirieron una extremada popularidad en el siglo XIX y en prácticamente todas las manifestaciones artísticas ese peso de lo egipcio, esa Egiptomanía, tuvo gran importancia; posiblemente sin esa visión del público culto, de las clases medias emergentes, que era Orientalista porque la literatura, la pintura, la arquitectura, la música incluso habían adoptado esa aproximación, la Egiptología no habría surgido. El público ansiaba noticias de lugares exóticos, envueltos a ser posible en una bruma oriental, porque servía para definir (por contraposición) las nuevas identidades nacionales; el debate sobre el pasado, sobre los orígenes de la civilización, era cada vez más vivo, entre el modelo egipcio, el próximo-oriental o el griego pero Egipto presentaba la ventaja indudable de que las monumentales ruinas de su pasado se convertían en un marco excepcional para proyectar las ideas europeas sobre la decadencia de los pueblos y las culturas al tiempo que los occidentales iban restaurando el pasado esplendor para su propio disfrute, apoyados a veces por gobernantes que, en su búsqueda de una homologación occidentalizante, no dudaban en tiranizar a su pueblo para conseguirlo. Orientalismo, colonialismo, imperialismo son, pues, conceptos, que fueron de la mano y que explican, o al menos permiten situar en su contexto, el nacimiento de la Egiptología como ciencia. Pero, como decía al principio de este trabajo, junto al filón científico, el otro, el

Marruecos; igualmente curiosa, por la visión marcadamente "orientalista" que da, es su obra de teatro *Ali Bey en Marruecos. Tragedia*, recientemente editada por C. C. García Valdés y M. McGaha, Pamplona, 1999.

⁵⁵ F. J. Martín Valentín, "Notas para una Historia de la Egiptología en España", *Boletín de la Asociación Española de Egiptología* 4-5, 1992-1994, p. 173-196.

⁵⁶ A. M. Alonso de la Sota, "Una manifestación de la Egiptomanía española del siglo XIX: el caso de Madrid", *Boletín de la Asociación Española de Egiptología* 4-5, 1992-1994, p. 197-208. Sobre uno de los precursores de esta Egiptomanía, Isidoro Bosarte, *vid.* J. A. Calatrava, "Isidoro Bosarte y la nueva Egiptomanía del final del siglo XVIII: las Observaciones sobre las Bellas Artes entre los Antiguos (1791)", *Cuadernos de Arte de Granada* 23, 1992, p. 373-383. Un documentado panorama general sobre la Egiptomanía en España desde la ilustración hasta los años cuarenta del siglo XX en C. Saguar Quer, "La Egiptomanía en la España de Goya", *Goya* 252, 1996, p. 367-381; *Id.*, "Egiptomanía y arquitectura en España (1840-1940)", *Goya* 259-260, 1997, p. 386-406.

⁵⁷ Ciertamente, la nómina de viajeros a Egipto entre 1799 y 1840, para los que existe documentación, supera los trescientos. *Vid.* la interesante exposición virtual realizada por M. Re, "Carlo Vidua and the Travellers of 1800 in Egypt" (URL: <http://www.doit.it/Egypt/uk/home/index.html>) con una rica documentación gráfica y con vínculos a la bibliografía básica.

puramente orientalista aún vigente en estos tiempos postcoloniales⁵⁸, corre todavía el riesgo de inundarnos a todos con su reformulación de viejos arquetipos que, lamentablemente, a veces son sugeridos incluso por los propios destinatarios de esa visión de dominio que representa el discurso orientalista.

⁵⁸ *Vid.* el capítulo que dedica L. Lowe, *op. cit.* nota 23, p. 136-189 a “los deseos del orientalismo post-colonial”; igualmente, B. S. Turner, *op. cit.* nota 24, p. 31-35. Por supuesto, ya Said (*op. cit.* nota 1, p. 20) alertaba sobre esta presencia en su libro básico: “el orientalismo sigue presente en el mundo académico a través de sus doctrinas y tesis sobre Oriente y lo oriental”.